

El Brujo Miguel

Daniel Prior Gijón

A Pilar, por enseñarme la importancia de ser una persona polivalente en este mundo interconectado.

Prólogo

“Sólo digo que Dios puede existir, puede ser el creador del Universo y nuestro padre. Pero “Dios”, así, entrecomillado, no es otra cosa que el epítome del cinismo; ni siquiera es materia cognitiva, sino un mero mecanismo pragmático y de engaño... Como si un cavernícola hubiera vacilado a otro y la cosa se hubiera ido de madre”.

Capítulo I

..

Ya casi estaban terminando. Las copas que Miguel se había tomado antes en la barra sólo hacían que el tiempo pasara más rápido y que todo fuera más ameno de lo normal. A pesar de sus cincuenta años el alcohol no le impedía cumplir con Iryna.

Él estaba sobre ella en la cama de la habitación, arremetía una y otra vez contra ella y se maravillaba de poder hacer disfrutar a una mujer treinta años más joven. Sabía que no fingía.

Finalmente dejó de preocuparse tanto por ella y salió de ella. Él se sentó sobre el borde de la cama y ella se arrodilló junto a él. Los dos sabían lo que iba a pasar. Iryna le quitó el condón y empezó a comerle. Sabía por experiencias anteriores que Miguel no tendría ninguna intención de avisarla al terminar, así que no la pilló de nuevas. Se tragó el resultado del acto y Miguel le acarició el pelo con cariño.

Él comenzó a vestirse. Empezó por los calzoncillos y los calcetines, después se puso sus chinos marrones y sus zapatos de un marrón más oscuro. Para ponerse la camisa se colocó delante del espejo.

La habitación estaba dando un poco más de vueltas de lo normal. Se miró en el espejo, agachándose un poco para verse la cara ya que medía un metro setenta y siete y éste estaba bajo. Tenía el pelo blanco grisáceo, que se solía peinar hacia atrás y ligeramente a un lado, algo despeinado, pero dentro de lo aceptable. La barba blanca ayudaba a darle una imagen algo más aliñada. Mientras se abrochaba la camisa sintió vanidad por verse delgado y en buena forma, y por haber envejecido mejor incluso de lo que cabría desear.

—¿No se te olvida nada, Paco? —dijo Iryna, que había esperado pacientemente, semidesnuda, a que Miguel terminara de vestirse.

—No sé qué os pasa a las putas últimamente que sólo pensáis en el dinero. El billete está junto a la almohada —contestó él secamente.

Ella no contestó. Él cogió su abrigo negro grueso estilo chaquetón y su bolso de mano de cuero también negro y se dirigió a la puerta de la habitación.

—Feliz año nuevo, Iryna —prosiguió Miguel, dándole la espalda—. Manda recuerdos a tus familiares allá en Ucrania. O bueno, igual lo tienes complicadillo...

.Mientras que Iryna conocía a Miguel como Paco, que era su sobrenombre de putero oficial en todo Madrid y algunas partes de España, éste había conseguido un tiempo atrás que ella le confesara su nombre de verdad, el cual sólo usaba para intentar herirla de vez en cuando.

A juzgar por la retahíla de palabras que la mujer le estaba espetando a Miguel en su lengua vernácula, ésta vez lo había conseguido.

Él salió por la puerta sin molestarse en mirarla a la cara.

Ya en la barra de aquel puticlub de una calle aledaña a la Gran Vía madrileña, Miguel se dirigió directamente al camarero. Su primera idea era pedir una copa, pero según el barman se acercó cambió de idea al darse cuenta de que no tenía paciencia. Pidió dos chupitos de Black Label y pagó con un billete de 10 euros, sin esperar cambio. Se los bebió de sendos tragos.

Salió a la calle. En lo que iba de noche ya había bebido seis copas y unos cuatro chupitos y se había llevado una alegría con Iryna. Buscó en su chaquetón su paquete de tabaco, sacó un

cigarrillo y lo encendió, pensando su próximo destino.

Pensó si no sería una buena idea ir a otro club. Sabía que físicamente era perfectamente capaz. La mayoría de la gente lo ignora, algunos incluso literalmente, pero el centro de Madrid es un putiferio consolidado.

Al fin y al cabo ya eran las cuatro de la madrugada del primer día del 2018. Claro que Miguel hacía mucho que no necesitaba a nadie para celebrar ninguna fiesta.

Finalmente, decidió volver a su casa en el Paseo de las Delicias. Había un camino, pero fue parando de cuando en cuando a tomar un poco más de alcohol, o a sentarse a fumar.

Llegó a su casa tambaleándose, pero despertó acordándose de todo y sin más resaca de la inevitable.

.Capítulo II

Sonó el despertador a las 7 de la mañana del lunes 8 de enero. Tocaba vuelta a la realidad y a la rutina. Miguel se preparó el desayuno —un café bien cargado y un par de bollos—, fumó, se aseó y salió a trabajar.

Miguel regentaba como autónomo una tienda de componentes electrónicos en la Ronda de Atocha, cerca de su casa. Al menos éste era su trabajo oficial.

A mitad de la mañana, una mujer latina de mediana edad cruzó la puerta:

—Hola, ¿aquí arreglan ordenadores? —Estas palabras bastaron para que Miguel se figurase que ella era colombiana.

—Por supuesto señora, ¿lo lleva ahí? —preguntó Miguel, señalando la bandolera que la mujer llevaba colgada. Por lo demás iba vestida con un pantalón y una blusa de un rosa pálido de una marca cara debajo de un abrigo gris aún más caro. Ella era tirando a baja, algo robusta y se teñía de castaño a pesar de ser totalmente morena. También se notaba por su color de piel que no era mestiza.

—Sí, mira, es que... A ver, no sé por dónde empezar. —Sonrió tontamente y se rio de forma aún más estúpida.

—¿Por qué no empieza por decirme su nombre?

—¿Qué? Ah, sí, claro, me llamo María, ¿y usted?

—Miguel, encantado. Ahora que ya nos conocemos, ¿por qué no me cuenta qué le pasa a su ordenador?

—En realidad no es mío ni siquiera. Verá, el hijo de una amiga empezó la Universidad y dice que necesita uno mejor y me lo dejó a buen precio, porque nos llevamos muy bien y...

—Bien, pero, ¿cuál es el problema que tiene ese ordenador? —La cortó Miguel, sonriendo.

—Pues que a veces no hace lo que le pido.

—No entiendo.

—Sí, mire, por ejemplo, voy a ver un vídeo y no me deja, o estoy escuchando música y se entrecorta, no sé. Es que no sé nada de estas cosas, como verá.

.—No sé preocupe que para eso estamos aquí. Yo creo que lo mejor es formatear y reinstalar el sistema operativo. Para que me entienda, dejarlo como nuevo.

—Ay, ¿pero eso no es muy costoso?

—Pues son 120 euros. 100 del Windows y 20 de la mano de obra... Me ha caído usted bien, así que se lo puedo dejar en 110 —dijo Miguel, guiñándole un ojo.

—Está bien, ¿se lo pago ahora?

—Eso estaría bien. Por curiosidad, ¿cuánto le costó este ordenador?

—Setecientos euros —contestó enseguida—. ¿Por qué lo quiere saber?

—Simplemente para hacerme una idea de su estado, no tiene importancia.

La mujer hizo un gesto que dio a entender que no comprendía muy bien la cuestión. Pagó con dos billetes de 50 € y uno de 20 €. Miguel le dio el cambio y la despidió, dándole un plazo de una semana para la reparación. Era un portátil de un año de antigüedad y que valía más de 1000 €, así que Miguel hizo algunas comprobaciones especiales.

La mayoría de la gente no lo sabe, pero cuando se elimina un archivo de un disco duro, por lo general éste no se elimina de manera definitiva. Casi siempre se puede recuperar con herramientas forenses. Miguel no era de la policía científica, pero contaba en su haber con un DVD de instalación de Ubuntu.

Lo metió en el ordenador y se dispuso a recuperar todo lo recuperable, extrañado de que el estudiante que mencionó la mujer se quisiera deshacer de un ordenador tan bueno. No era lo que esperaba, pero encontró que alguien había intentado borrar unos archivos muy interesantes. Miguel recuperó lo que pudo y lo cargó en una tarjeta Micro SD, que luego pegó con celo en el reverso de su DNI, donde solía esconder la peseta de hachís cuando era joven.

Después hizo el procedimiento habitual: colocar una copia de Windows 10 pirateada, *crackear* la licencia y dejar una vía abierta para poder acceder al ordenador en un momento dado.

Sacó de su bolso de mano uno de sus bienes más preciados: un bloc de notas que le regalaron en una Feria del Libro más de veinte años atrás, y en el que llevaba el registro de las personas que él consideraba interesantes.

.Abrió una página nueva. Escribió “María, colombiana”, y empezó su ficha.

.Capítulo III

El móvil sonó la tarde del viernes 12, ya que Miguel sólo trabajaba de ocho de la mañana a dos de la tarde. El nombre del contacto, “Lucía 9”:

—Hola Miguel.

—Hola Lucía, me alegro de hablar contigo, ¿cómo te encuentras? —Dijo Miguel, adoptando un tono serio.

—Pues me parece que necesito verte.

—Mañana, dirás, imagino.

—¡Qué mal! ¿No puede ser hoy?

—Lucía, sabes que soy un hombre muy ocupado... —dijo Miguel, rascándose el testículo izquierdo y a continuación el ojo derecho.

—Te puedo pagar más, en serio, pero tiene que ser hoy.

—De acuerdo, pásate a las ocho.

—¡Mil gracias!

Miguel sacó de su bolso de mano su preciado cuadernillo y se dirigió a la página

. Lucía, 5 de abril de 1967

-Sus hijos la odian.

-El marido no la quiere, la maltrata.

-Sus padres la desatendieron.

-2 hermanos, uno muerto; ninguna hermana. Concreto:

-Suele soñar con conducir, aunque no conduce.

-En un sueño, su hermano muerto le dijo que debía cuidar de su familia.

Creencias:

-Dios.

-Tarot.

-Homeopatía.

-Karma, energías y mierdas de esas.

9.

Miguel se preparó una copa de whiskey que en realidad era medio vaso de cocina normal con JB a palo seco y se puso a repasar la página y a fumar con calma. Se arregló unos minutos antes de las ocho, ya que esperaba puntualidad por parte de su clienta.

A las ocho en punto, Lucía estaba llamando a la puerta.

Miguel la recibió vestido, como de costumbre, con chinos, zapatos y camisa.

—Menos mal que has podido recibirme —dijo ella.

—No ha sido fácil, pero te he hecho un hueco, aunque he tenido que sacrificar otro plan.

—Lo siento mucho, pero es que es importante.

—Bueno, vamos a sentarnos, si te parece.

.Miguel la sentó en la mesa del salón, de madera, rectangular con dos lados ligeramente más largos que los otros, en la que había convenientemente colocado un tapete púrpura y, junto a él, una baraja de tarot.

—¿De qué se trata, Lucía?

—Es que no sé qué hacer con mis hijos.

—¿Qué ha pasado?

—El mayor ha empezado a beber y la pequeña no hace nada de nada en el colegio. El mayor tampoco estudia, claro, y el padre como siempre no se da por enterado.

—¿Quieres hacer alguna pregunta a las cartas?

—Sí, me gustaría saber cómo hacer que mis hijos vayan por el buen camino. Miguel empezó a barajar y sintió una leve arcada. Echó una tirada de siete cartas.

—Sale el Arcano de la Muerte. Esto significa que tu vida y la de tus seres queridos está atravesando cambios.

—¿Pero cómo puedo ayudarles?

—A eso iba. No puedes. La carta está invertida. Por tanto, los cambios no sólo son negativos sino que no puedes intervenir.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Lucía, verdaderamente angustiada.

—A ver, es que...

—No, dime.

—Una solución es que recobres el control de tu vida, que es lo que deseas realmente. Aunque eso, claro está, pasa por desentenderte un poco de tu familia, aunque sea para su mal. En definitiva, tienes que preocuparte más por ti y menos por ellos, aunque de esa forma les perjudiques.

—Yo no puedo hacer eso, Miguel. Son mis hijos, me necesitan. Haría cualquier cosa por ellos, aunque eso me perjudicase.

—A ver, entonces se puede hacer una cosa, pero gastaría mucha energía mía, y ya estoy cansado de por sí. Recuerda que ni siquiera íbamos a vernos hoy.

—Por favor, lo que sea, te compensaré.

—Bien —dijo Miguel, al tiempo que hacía acopio de todo el cuajo disponible en su ser—. Voy a realizar un conjuro invocando a los espíritus de la luz para que guíen a tus hijos.

—¿Tengo que hacer algo?

—Sólo cierra los ojos y concéntrate en lo que deseas.

Ella lo hizo. “Oh, poderosos espíritus, guíad a los hijos de Lucía en el camino de la luz y apartadlos de las tinieblas”.

Miguel repitió esto diez veces, controlando con su reloj de pulsera que no quedara demasiado dejado ni demasiado dramático.

—Ya puedes abrir los ojos.

Lucía, casi entre lágrimas, le entregó a Miguel un billete de 50 €. Él la despidió y, de seguido, guardó el billete en el armario donde guardaba los licores. Junto con otros 16.000 €, aproximadamente.

.Capítulo IV

La vida social es importante. Y a Miguel sólo le quedaba un amigo en esta vida. Éste era Salvador, un antiguo compañero con el que estudió la FP. Él vivía por el barrio de Vallecas, en el que se crio, pero solían quedar en un bar de los que ellos llamaban “de los de toda la vida” que estaba cerca de Atocha, y, por tanto, más cerca de donde vivía Miguel.

Salvador fue amigo de Miguel casi desde que se conocieron. Era un tipo peculiar, inteligente aunque torpe en algunos aspectos. Físicamente era más alto que Miguel y muy corpulento, cosa con la que solían bromear ambos, al igual que hacían con su progresiva calvicie. Solía vestir casi igual que cuando Miguel le conoció, con vaqueros y lo que pillase en el momento para la parte de arriba. Se había casado y había formado una familia con su mujer y una hija preciosa, de las que ya sólo quedaba una pensión mensual de manutención.

En cualquier caso, era la única persona con la que Miguel consideraba que podía obtener un beneficio mutuo. Por algo su amistad había durado desde que eran jóvenes.

Quedaron el sábado a eso de las seis de la tarde en la puerta de su bar. Se saludaron efusivamente; no se veían muy a menudo. Era de noche y hacía frío, pero el país entero estaba en sequía y los dos fumaban. La terraza estaba montada, así que se sentaron en ella sin necesidad de hablarlo antes.

Empezaron con la cerveza.

—¿Y qué has estado haciendo? —preguntó Salvador.

—Pues lo de siempre, portátil por aquí, consola por allí un poco de *abracadabra* por allá.

Los dos rieron, Salvador sabía perfectamente a qué se refería su amigo. Quizás sólo no sabía que él era la única persona con la que hablaba abiertamente de su pequeño negocio clandestino.

—Abracadabra, no, ¿cabrón? Jaja. Te tienes que estar forrando.

—Tampoco te creas, da para tabaco y poco más. Se volvieron a reír.

—¿Tú cómo sigues, Salva?

.—Pues cagándome en mi jefe.

—Eso deberías haberlo pensado antes de hacerte taxista.

—O antes de haber aprendido a hacer el pino.

Siguieron con los cubatas hasta las ocho y media. No necesitaban ningún tema de conversación en particular, sino tan sólo el uno al otro.

—Podíamos marcarnos un Retiro —propuso Salvador, ya animado por el alcohol.

—Yo sabes que no le doy hace mucho, pero si quieres te acompaño —respondió Miguel, también animado aunque más consciente.

Pagaron y se encaminaron al parque del Retiro. Tardaron un cuarto de hora desde que entraron al parque hasta que encontraron un camello que les vendiera cinco euros de hachís.

Se sentaron en un banco y Salvador sacó papel, cigarrillo y mechero. Se lio el porro con una generosa cantidad de hachís, sobre todo teniendo en cuenta que se lo iba a fumar él solo.

Miguel sacó un cigarrillo para acompañarle.

A las cinco caladas su amigo empezó a filosofar poco convencionalmente:

—Hay una cosa que me mosquea, amigo.

—A ver, ¿qué pasa por esa cabeza? —preguntó Miguel, dibujando en su cara una sonrisa sincera.

—Pues que estamos viejos.

—Shhh... ¡Eso lo serás tú! Jaja.

—No tío, piénsalo, antes nos bebíamos botellas enteras y fumábamos hasta re- ventar. No nos hacía nada malo. Ahora llevo dos copas y estoy que no puedo.

—Pásame el porro, anda.

—Mira, el que no fumaba. —Se lo pasó. Miguel

lo tiró al suelo y lo pisó.

.—Tu puto problema es éste —dijo, pateando el trozo de porro que quedaba. Mírame a mí, tabaco y alcohol... Tabaco y whiskey para ser exactos, y estoy hecho un chaval. Pero esa mierda te destroza, estabas de puta madre hasta que has fumado.

—Ya, pero...

—Y aparte, cabrón, no te has tomado dos copas, te has tomado tres, y cinco tercios. Anda, por qué no tiras esa mierda y nos damos una vuelta hasta que se te pase.

Su amigo tomó su consejo y volvieron dando una vuelta a Vallecas. Miguel dejó a su amigo cerca de su casa y cogió la Renfe de vuelta a Atocha.

.Capítulo V

Al lunes siguiente volvió a sonar el despertador a la hora de siempre. Miguel

llegó al trabajo y en la puerta le estaba esperando María.

—Buenos días —le saludó ella.

—Hola, ¿qué hace usted aquí tan temprano?

—No sabía a qué hora abría la tienda y necesito el portátil. ¿Está ya arreglado?

—Como nuevo, señora. Pase conmigo y se lo entrego.

Miguel subió la chapa de *DiscoTech* y abrió la puerta. La mujer le siguió. Él pasó al otro lado del mostrador y sacó de debajo de éste el portátil de la señora, al que había hecho las modificaciones oportunas. Lo puso sobre el mostrador.

—Aquí lo tiene.

—¿Ya va bien?

—Absolutamente como nuevo, como ya le he dicho. Yo mismo he probado todas las funciones.

»Por cierto —continúo Miguel—, me ha caído usted francamente bien, ¿no estaría interesada en tomar un café conmigo algún día? —La miró con seguridad, mostrando todo su atractivo. La parte más difícil del negocio de Miguel era la incorporación de nuevos clientes.

—Pues fíjese usted, si algo le gusta a la gente de mi tierra, eso es el café. ¡Por supuesto que acepto!

—Y yo que me alegro —sonrió Miguel—. ¿Y de dónde dice que es usted?

—Bogotá, Colombia, caballero. Y si le parece creo que ya podemos tutearnos.

—Pues sí, si te parece te doy mi número y me das un toque. Podemos tomar café en mi casa.

—Me parece bien.

Intercambiaron números como había propuesto Miguel.

.Capítulo VI

María llamó a la puerta de la casa de Miguel el miércoles a las cinco de la tarde, que es cuando habían quedado.

—Hola, pasa, pasa, no te quedes ahí.

—Hola Miguel —saludó María, con su sonrisa de bobalicona.

—He hecho café. Es café colombiano, o eso me dijeron en la tienda, espero que puedas sacarme de dudas.

—Seguro que es un café delicioso.

Miguel la acompañó a sentarse en la mesa del salón mientras preparaba dos tazas de café en la cocina.

—¿Cómo tomas el café?

—Solo con azúcar por favor.

Llegó al salón con las dos tazas de café solo y el azucarero en una bandeja de porcelana blanca y se sentó, como el que no quiere la cosa, enfrente de María.

Los dos echaron azúcar en el café y le dieron un sorbo.

—De verdad que está delicioso —dijo María.

—Me alegro de que te guste.

—¿Cuánto dices que llevas en España? —comenzó a indagar Miguel.

—Pues llegué aquí hace como quince años.

—Ya decía yo que no tienes acento ni nada.

—Jaja. No seas tonto. Sé que un poco sí que tengo. —Jugó con su pelo. Daba la impresión de que estaba intentando tontear, aunque muy penosamente.

—¿Y viniste sola?

—Sí. Digamos que no tengo familia, es complicado...

—Cuéntame.

—Pues mira, mi madre murió al darme al mundo, y mi padre cuando yo tenía cinco años... Apenas sí le recuerdo. De modo que crecí en un orfanato.

—¿Y no tienes marido ni hijos?

—Nunca me casé... Aunque he hecho mis pinitos, claro está. —De nuevo volvió a

intentar tontear, esta vez soltando una risita totalmente imbécil.

»Oye, ¿eso es...? —Preguntó María, señalando al tapete púrpura y la baraja de tarot que a Miguel se le había olvidado recoger del todo.

—Ufff... Eso. Esto no lo sabe mucha gente, es un secreto, no sé si debería contártelo. ¿tú crees en algo?

—Pues sí, de hecho en Colombia dejé atrás a un adivino muy bueno que me ayudó mucho con muchas cosas.

Miguel sonrió.

—Pues yo también tengo ese don. Otro día podemos mirarte algunas cosas.

—Estaría bien...

—Pero tienes que entender que este aspecto de mí es tan profesional como lo que puedo hacer en la tienda.

—No hay problema, pagaré. ¿Tienes tarifas?

—No mujer, tú vienes, y si consideras que te he ayudado me das lo que buena- mente puedas.

—Bien entonces.

Terminaron de tomar café y de hablar y se despidieron.

.Capítulo VII

Miguel estaba contentísimo por el pingüe negocio que tenía entre manos, de modo que el viernes por la noche salió a celebrarlo. No hay que vender la piel del oso antes de cazarlo, pero

tampoco hay que hacer caso a todos los refranes. Y qué narices, le apetecía pillársela.

Empezó con dos copas en el bar de siempre.

Fue recorriendo Madrid hacia el centro, parando en cada bar que le llamaba la atención a pedir al menos una copa.

Esa noche sobrepasó incluso la cantidad de alcohol que la costumbre le permitía tolerar.

No sabía ni dónde estaba, pero al rato de pensarlo supo orientarse para volver a su casa en el Paseo de las Delicias. Eso sí, estaba bastante lejos, así que por el camino su mente se fue despejando un poco, ya que tuvo la buena cabeza de no meterle más alcohol al cuerpo.

Estaba bajando la calle de Atocha, en el último tramo, cuesta abajo. Eso ayudaba. También ayudaba que la madrugada estaba bien entrada y que estaba helando. Aunque Miguel no sentía frío. En realidad no solía sentir frío casi nunca.

Terminando la calle Atocha, cerca de la boca de la estación de Metro homónima, le asaltó un joven, delgado, algo bajito, muy nervioso y desaliñado, con toda la pinta de ser un drogadicto con el mono.

Miguel sabía perfectamente que los drogadictos no son tan peligrosos cuando están drogados, en cuyo caso el único peligro es si conservan la fuerza física, como cuando están sufriendo la abstinencia de la mierda que sea que consuman habitualmente. Ahí es cuando son capaces de absolutamente lo que sea con tal de conseguir la siguiente dosis.

—¡TÚ! ¡SÍ, TÚ! Dame lo que tengas o...

Miguel, con su borrachera encima, no estaba para que le atracasen o le tocasen los huevos en general, y menos con clichés tan trillados.

—¿Cómo dices? —se limitó a decir, cortándole y fingiendo estar mucho más bebiendo

de lo que en realidad estaba.

.—Te digo que...

—¿Cómo, ven? —dijo Miguel, acercándose disimuladamente a la boca del Metro de Atocha.

El joven le siguió y fue a sacar algo de un bolsillo, ya muy alterado. No se dio cuenta de que estaba exactamente encima de las escaleras.

Miguel le empujó escaleras abajo y acto seguido, sin tan siquiera pararse a ver cómo caía por ellas, siguió andando hacia su casa como si no hubiera pasado nada en absoluto.

.Capítulo VIII

Al día siguiente se levantó de la cama temprano. Se tomó un Paracetamol, como un litro de agua y un vaso hasta arriba de café solo y se volvió a acostar.

Por la tarde volvía a ser una persona. No habían dicho nada en los medios de un homicidio en la zona de Atocha, así que dio por hecho que, o bien el figura había sobrevivido, o bien no lo hizo pero eso no suponía una noticia especialmente relevante.

Tenía que estar despejado para continuar con sus tejemanejes.

María llegó poco antes de ser de noche. Miguel la recibió y la hizo pasar al salón.

Esta vez había montado la escena completa, con velas, estampitas y demás.

—Por favor, dime qué te inquieta —dijo Miguel, con la más absoluta seriedad.

—Es que verás, hay un problema.

—Tú cuéntame.

—Es que es una cosa de la que al brujo que conocía allá en Colombia no le gustaba hablar.

—¿Y de qué se trata?

—De la comunicación con el otro lado... Con los muertos —dijo María, titubeando por el miedo.

—Ya veo, eso es un problema. Lo que pasa es que la gente como yo podemos romper el velo y comunicarnos con el otro lado, pero eso encarna muchos riesgos para nosotros.

—¿Y tú estarías dispuesto a...?

—Eso depende de lo que estés dispuesta a ofrecer.

María rebuscó en un bolsillo y sacó, doblado, un billete de 100 €. Miguel lo cogió y lo guardó en su propio bolsillo dejando que pasara sólo el tiempo imprescindible en el proceso.

—¿Con quién quieres hablar? ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber si mis padres siguen juntos y queriéndose allá en el Cielo.

A Miguel, ya curado de todos los espantos de este mundo, no le sorprendió la estupidez de la pregunta.

—Vale, ahora quiero que cierres los ojos y pienses en tus padres. María obedeció.

—Ahora puedes hablar con ellos, y ellos te responderán a través de mí.

—¿Papá? ¿Mamá? ¿Estáis ahí?

—Sí —dijo Miguel, alterando su tono de voz de la forma más profesional posible.

—¿Estáis juntos?

—Siempre.

—¿Estáis conmigo?

—Nunca... Nunca dejar... de estar... estarlo... María
abrió los ojos.

—Lo siento —dijo Miguel—, pero es a lo más que puedo llegar sin poner en serio peligro
mi propio espíritu.

—No te preocupes —dijo María, sollozando—. Ha sido maravilloso. Gracias.

—Terminó de romper a llorar.

Miguel la invitó a prepararse ella misma un café en la cocina. Ella lo hizo y Miguel
aprovechó para guardar el billete en su escondite correspondiente. Cuando estaba ce-
rrando la puerta del mueble María entró en el salón y le preguntó dónde estaba el azúcar, diciendo que el
azucarero estaba vacío. Miguel actuó con naturalidad y respondió a su pregunta.

Tomaron el café y se despidieron.

.Capítulo IX

El domingo Miguel decidió tomarlo para descansar, arreglar algunos asuntillos y navegar
por Internet.

Encendió su portátil y puso en YouTube una lista de reproducción de Extremoduro en lo
que apañaba un par de cosas.

No era diseñador gráfico, pero entendía la importancia de esta polivalencia. Pasó media mañana consiguiendo una copia pirata del Photoshop de Adobe. Mientras lo hacía, pensaba que el tema de la piratería se había puesto asqueroso. Ahora no sólo era mucho más difícil conseguir material ilícito, sino que todo el mundo trataba de sacar tajada como fuera. “Atajo de sinvergüenzas”, dijo para su cuello.

El resto del día lo pasó con una botella de Cutty Sark y un paquete de tabaco, y se mentalizó sobre cómo afrontar algo que no sabía cómo iba a transcurrir o finalizar, pero que desde luego iba a pasar.

.Capítulo X

Había quedado con María un día como otro cualquiera, un día de entre diario. La tarde de un martes.

Esta vez no iban a hacer una sesión, sino que se iban a ver como dos amigos cualesquiera, lo cual no dejaba de ser una parte fundamental del negocio.

María se ofreció a preparar dos tazas de “ese café tan rico”, a lo que Miguel aceptó.

Él la estaba esperando en el salón cuando ella apareció con dos tazas. Después trajo el azucarero y dos cucharillas.

La conversación estaba transcurriendo con total normalidad hasta que Miguel empezó a encontrarse realmente mal.

—¡Ay, pobre! ¿Qué te sucede?

—No lo sé, me... Me. —Ni siquiera podía hablar.

—¿Quieres saber lo que te pasa? Te diré qué te pasa, es más, te diré cómo se llama lo que te pasa: *Datura stramonium*. ¿No te lo esperabas? ¡Pobrecito! —exclamó con sarcasmo y con auténtica maldad—.

»Sé quién eres. ¡Sé lo que eres! Eres un brujo. Sí, Miguel, eres un brujo, un siervo del diablo. Pero yo no me quedo atrás. Yo combato a la gente como tú. Claro que yo también soy un poco bruja... Por ponerlo claro, se podría decir que yo soy la hija favorita del diablo y tú eres una mezcla de su putita de los jueves y su sobrino el del pueblo.

»Si te interesa, ya has tomado bastante dosis como para matar a un adulto joven, así que a ti debería bastar para dejarte bien jodido.

»No sé ni para qué estoy hablando, seguro que ni puedes entenderme....

Miguel estaba paralizado. María se dirigió al mueble de los licores y cogió hasta el último billete. Se los pasó a Miguel por la mejilla y se la besó antes de guardarlos en su bolso.

—Espero que disfrutes del resto de tu vida junto con los otros enfermos mentales crónicos —le susurró al oído, denotando en su tono que estaba disfrutando con todo aquello.

Después salió por la puerta.

.Capítulo XI

Sin perder un segundo, Miguel miró su reloj de muñeca. No estaba tan mal como le había hecho pensar a María, pero le costaba horrores seguir el segundero del reloj. Contó como pudo un minuto y se fue derecho al baño.

Se provocó el vómito sobre el wáter. A continuación bebió toda el agua que pudo del lavabo y volvió a forzarse a vomitar. Repitió este proceso dos veces más. El estramotio no es ninguna broma, no podía jugársela a que su organismo absorbiese más.

Después, se desnudó, abrió el grifo de la ducha y puso el agua tibia, y se tumbó en la bañera con la alcachofa de la ducha a la altura del pecho.

Los siguientes dos días fueron infernales. Mucho peores que la peor experiencia que te pueda provocar un psicodélico convencional. Sufrió alucinaciones visuales y auditivas y el pensamiento degeneró por los fuertes delirios.

Además, su percepción del tiempo estaba alterada, y tenía la sensación de que aquello no terminaría nunca. No había sentido tanto miedo en su vida. Fue como un episodio de pánico absoluto de 48 horas de duración. No sabía si estaba dormido o despierto de lo alterada que estaba su consciencia. Aunque estuviera despierto, sentía sobre el pecho toda la opresión de una pesadilla horrible.

Llegó a pensar que realmente María tenía razón y enloquecería de por vida.

Pero resurgió. De su bañera. Al tercer día. Recubierto por agua y restos de sus propias

heces, vómitos y orina. Al parecer su instinto fue acertado y pudo ir bebiendo inconscientemente al menos lo suficiente como para no morir de deshidratación.

Se tomó su tiempo en asearse y en asegurarse de que todo en su cabeza seguía en su sitio.

El ayuno también le había dejado temblando, así que fue a la cocina, se comió prácticamente todo lo que tenía que no requiriera preparación previa y bebió muchísima agua.

Después se dirigió a dar su siguiente paso.

.Capítulo XII

Enchufó el portátil a la corriente y lo encendió. Lo primero que hizo fue localizar el portátil de María, y lo situó en Bogotá. Estaba seguro de que esa fue una de las pocas cosas en las que ella fue sincera.

A continuación sacó su DNI de la cartera y le dio la vuelta. Despegó la tarjeta Micro SD y la conectó a su portátil. Del ordenador de esa zorra había logrado recuperar 16 archivos de criptomoneda BitCoin. Inició sesión de forma anónima en una página web de cambio de divisas virtuales en la que por seguridad se tuvo que registrar con un DNI que había falsificado con el Photoshop.

Cambió los BitCoin robados por otra divisa virtual, que a su vez volvió a cambiar por BitCoins, destruyendo por tanto que los primeros en el proceso.

Ahora tenía sus propios BitCoins, que eran suyos de pleno derecho e irrastreadables.

Perdió casi 20.000 € en comisiones y ganó más de 150.000 € limpios, que esa vieja había ido estafando a tipos como él. O casi como él.

Fin